

Manuel Chaves Nogales

Juan Belmonte, matador de toros

Su vida y sus hazañas

Prólogo de María Isabel Cintas Guillén

Epílogo de Josefina Carabias



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1970
Cuarta edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: © Archivo General de la Administración. Archivo Fotográfico Alfonso. Fotografía de Juan Belmonte [IDD (03) 124.002. Imagen 038509].
Fotografía del autor: © Archivo ABC

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© del prólogo: María Isabel Cintas Guillén, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-023-3
Depósito legal: M-11890-2025
Printed in Spain

Índice

- 9 Prólogo: Juan Belmonte y Manuel Chaves Nogales,
por María Isabel Cintas Guillén

Juan Belmonte, matador de toros

- 33 1. Un niño en una calle de Sevilla
46 2. Los cazadores de leones
60 3. Tú serás papa
77 4. Anarquía y jerarquía
90 5. La gesta de Tablada
105 6. Cuando pedía limosna por los caminos
121 7. Banderillas a «porta gayola»
136 8. «¡Pero si yo no tengo miedo!»
152 9. El amor y los cabestros
168 10. ¡Viva Belmonte!
183 11. Halago y tormento de la popularidad
197 12. «No te falta más que morir en la plaza»
212 13. En México todos están locos
228 14. Cómo se enamoran de los toreros las mujeres
243 15. Supersticiones taurinas
258 16. El miedo del torero
272 17. La mejor tarde de mi vida torera

Índice

- 288 18. Quince toreros rodando por el mundo
302 19. Con Juan Vicente Gómez en Venezuela
317 20. «...Y como ni a Joselito ni a mí nos mataba un toro...»
331 21. Joselito
345 22. Un cortijo con parrales
358 23. Mi talismán
371 24. El torero y el ambiente
385 25. Una teoría del toreo
- 399 Epílogo, por Josefina Carabias

Prólogo

Juan Belmonte y Manuel Chaves Nogales

por María Isabel Cintas Guillén

Alrededor de 1900, a espaldas del sevillano palacio de las Dueñas, un niño dibuja junto a su abuelo escenas campesinas, donde aparecen con frecuencia caballos, árboles, toros. El niño es Manuel Chaves Nogales y su abuelo el pintor costumbrista José Chaves Ortiz, paisajista especializado en escenas taurinas que van a ser utilizadas para decorar colmados y tabernas sevillanos. Ha conseguido José una bien ganada fama como pintor de esas escenas taurinas, que no solo encantaban al pueblo. La misma reina Isabel II se mostró atraída por las obras y adquirió dos dibujos de este maestro del arte realista taurino en una visita a la ciudad. El abuelo comparte casa y vida con el niño, y estudio con otros pintores en la calle Dueñas, 11, a la que Juan Ramón Jiménez llamó «el limbo de los pintores».

En efecto, cuando Chaves Nogales abrió los ojos a luz de la vida, posiblemente entre sus primeros recuerdos pudiera haber estado la representación de un lance taurino en óleo,

lienzo o tabla ejecutado por su abuelo, ya que comparten los mismos espacios en que el niño Manuel comenzó a desarrollarse como persona. Sus *Series taurinas*, retratos realistas de las suertes en las plazas y los ambientes en los campos, eran tan celebradas en el momento que el reconocimiento social que le proporcionaban era similar, aunque antagónico, del olvido en que se le sumió. Los trabajos de su abuelo eran el sustento de la familia. El sustento y el orgullo.

También el padre de Manuel e hijo de José, Manuel Chaves Rey, formado en los principios de la pintura, hizo sus bocetos de toreros, suertes taurinas y escenas camperas, aquellos que guardaba en un arcón que enseñaron la historia al hoy reputado periodista, según propia confesión. Y también se acercó al mundo taurino interesándose por toreros cuyas biografías explicó en su trabajo como redactor de *El Liberal*. Es por ello que Manuel respetaría el oficio, aunque sus apetencias personales —andando el tiempo, siempre en torno a la información— estuvieran muy alejadas del juicio legitimador de la fiesta nacional.

El contacto con el mundo taurino parte pues para el periodista de su más tierna infancia, y pasa a ser una constante en su vida y, aunque no comparta afición por el tema o el arte taurino, sí sentirá un profundo e instintivo respeto por él.

Cuando, treinta años después, Manuel Chaves Nogales, ya periodista reconocido, pida a sus lectores del *Heraldo de Madrid* recuerdos de la vida en España de treinta años antes, no le será ajena la respuesta del torero Juan Belmonte, que vivió en aquella Sevilla taurina que retrató su abuelo con el pincel y su padre con el pincel y la pluma.

...

En un momento de nuestra historia como el actual, en que los espectáculos taurinos están siendo contestados, en que se quieren eliminar de la tradición festiva española y considerarlos contrarios a las ordenanzas que defienden el bienestar animal, puede resultar un tanto paradójico traer al primer plano de la edición la biografía del torero Juan Belmonte, que lleva además en su título un adjetivo comprometido, matador de toros, y una explicación de intenciones: su vida y sus hazañas. Solo el calificativo de «matador de toros» despierta aversión allí donde se emplee, para amplios sectores de la sociedad española. Y qué decir del título de la versión inglesa, *killer of bulls*, asesino de toros... y, sin embargo, el libro obtuvo un gran éxito, en España y fuera de España. Quizá sea el libro más conocido y celebrado del periodista.

¿Cabría preguntarse qué opinión tendría Chaves Nogales sobre el espectáculo taurino hoy? Tal vez sí. Y tal vez también, su opinión sería la misma que en el pasado: respeto a un considerado arte en la tradición española, aunque su interés personal por el mismo pueda resultar tangencial. Porque, en los albores del siglo XX y en prácticamente toda su primera mitad, las corridas de toros fueron el espectáculo que más atrajo a las masas; sus ejecutores, los toreros, fueron tan bien acogidos por el gran público como hoy lo son los futbolistas. Triunfar en el mundo taurino equivalía a triunfar en la vida.

Cuando se produce el encuentro entre ambos personajes, un periodista y un torero, hay respeto y empatía. Respeto a la persona y su oficio y empatía con el habitante de

un espacio en la ciudad muy querido de ambos, visto este desde una óptica analítica acorde y compartida.

Pero *Juan Belmonte, matador de toros* no es un libro a la manera de los relatos tradicionales de la torería. Aquí no se exaltan las hazañas de un torero, no se vibra con sus suertes, no se disfruta con los lances taurinos. Aquí se cuenta el quehacer de una persona, que es un torero, y que triunfa en su profesión en una España acosada por conflictos de difícil solución.

El propio torero no es un personaje modélico ni ejemplarizante. Los héroes de la torería seguían unas reglas claras en su comportamiento dentro y fuera de las plazas. No así Juan, de físico poco agraciado, de poca capacidad expresiva; calificado de oscuro, huraño, cohibido, fatigado, triste, inseguro... Antítesis del héroe triunfador, pinturero y modélico. Sobre el fondo geográfico de Andalucía, en general, el esquema del torero seguía, eso sí, las directrices habituales: origen pobre, vida dura hasta el triunfo y con él, ostentación de la riqueza que el triunfo proporciona; y también el compromiso de ayudar económicamente a la «clientela» que siempre acompaña al torero y pone a prueba su generosidad en su consiguiente ascenso en la escala social.

Ni el periodista lo intentó, ni era posible la comparación con otros toreros del momento, Bombita o Machaquito, aunque su modelo era Antonio Montes, un joven sevillano que ejercía de monaguillo en la iglesia de Santa Ana, de Triana, cuando la familia Belmonte se trasladó a este barrio desde la calle Feria. Y ahí, en Triana, se conjuraron los elementos para que Calderón, que admiraba a Montes y tenía madera y maneras de apoderado, se fijara en las hechuras de Juan y comenzara el trabajo de su vida: modelar como

torero a este muchacho al que veía entretener el ocio en la cuesta del Altozano y el aguaducho de San Jacinto jugando a las suertes del toro, dar pases de entrenamiento y golpear con compañeros en días ociosos en el oficio que tal vez, a lo mejor, podría sacarlos de la miseria. Y así se fraguó la pasión que creció en los llanos próximos de Tablada, al otro lado del río, en los cerrados de San Juan de Aznalfarache, en las noches de pruebas y aprendizajes, sustos y miedos, mientras se cocía una vocación tan magníficamente descrita en el libro.

...

Quizá hasta finales del siglo XX, la vida de las personas se desarrollaba en círculos concéntricos que iban aumentando su ámbito geográfico desde el lugar del nacimiento y en paralelo con la integración en la vida: primero la casa, la calle, el barrio, la zona, cada vez más alejada, de la ciudad..., y de ahí la salida a la provincia, la salida del país... Era un orden que producía un cierto sosiego. Las cosas tenían su lógica y era una tranquilidad saber que las aguas, aunque llegaran a desbordarse, acababan siempre volviendo a su cauce.

La España de 1935 ofrecía inquietud. Los ánimos estaban exaltados y los españoles se movían entre el deseo de acompañarse al progreso y la esperanza de una «revolución» que cambiase las cosas para siempre, ahora a favor de los más desfavorecidos. No sin alteraciones, la sociedad buscaba un equilibrio difícil que la marea de los acontecimientos hacía bambolear de extremo a extremo.

Los periódicos daban noticias diarias de los intentos de la Sociedad de Naciones de rebajar la tensión que incubaba

la próxima segunda gran guerra. Y en España, la Segunda República, herida de muerte por los acontecimientos de 1934 en Asturias y Cataluña, así como por la extensión por todo el país de la insurrección y las huelgas, más o menos pacíficas, intentaba atemperar los enfrentamientos y la radicalización de posturas. Los sueños del gobierno salido de las urnas de cumplir una revolución liberal que condujera los destinos del país hacia presupuestos plenamente democráticos vivían sus más bajos momentos.

El modelo y mensaje de la Revolución Rusa de 1917, con su creencia en la capacidad del pueblo para subvertir el orden establecido y lograr el triunfo de las clases desfavorecidas, junto a la extensión por Europa del nazismo alemán o el fascismo italiano, caldeaban el ambiente hasta extremos insostenibles. Los intentos de reforma del gobierno eran recibidos por las clases reaccionarias sólidamente unidas (propietarios, militares, clero, monárquicos, oligarquía económica) con una cerrada oposición. El bienio negro (1934-1935) vivía un peligroso estado emocional que exigía el sometimiento a la ley con el objetivo de rebajar la tensión. Se hacía imprescindible aplacar los ánimos de una población que, en sus estamentos más bajos, sufría atraso, paro, analfabetismo y miseria.

...

En 1935 Chaves Nogales, redactor jefe de un periódico de centro, el diario *Ahora*, creado pocos meses antes de la proclamación de la República, pero defensor de ella según expresa declaración, no permanece ajeno a este clima desasosegante. Buscando quizá un soplo de calma vuelve los ojos

al pasado. Desde su periódico plantea una pregunta al público lector: ¿Cómo se vivía en España treinta años antes, en los primeros del siglo? ¿Eran mejores o peores que los de ahora? ¿Cómo se desarrollaba la vida de la gente?

Era una fórmula habitual de la prensa preguntar a los lectores para implicarlos y, de paso, ampliar la tirada de los periódicos. Chaves manifiesta su intención al presentar la cuestión: «conocer el ambiente denso en que el español de hace treinta, cuarenta años, se movía; el gesto, el ademán, la actitud de ese mismo español castizo auténtico que a comienzos de siglo era la expresión de un modo de ser nacional y que repentinamente desaparece, se lo traga la tierra». Tal vez estas frases resumen un mero interés antropológico, pero en España estaban ocurriendo muchas cosas cuya interpretación, por su trascendencia, superaban la mera curiosidad.

Solían publicarse las respuestas más destacadas de estas encuestas. Y esta vez la pregunta obtuvo una contestación abundante y clarificadora. Hubo, de entre ellas, una que llamó la atención del periodista por su oportunidad, precisión, punto de vista, coincidencia en el enfoque y en el sentir, la de un torero sevillano, Juan Belmonte, ya triunfador en los ruedos, criado en unas calles que Chaves conocía bien: el entorno de la calle Feria, de Sevilla, muy próxima a la calle Dueñas, donde Chaves nació y vivió sus primeros años. Hubo pues conexión de vivencias, de interpretación de los acontecimientos y de sensibilidades para compartir el análisis, el humor y la crítica.

Es posible que Manuel Chaves Nogales nunca hubiera acudido a ver un espectáculo taurino ya que su quehacer periodístico estaba muy alejado de esa realidad. Pero la fi-

gura de Belmonte valía el interés por devolver como en un espejo la imagen de una España pasada y para llegar a entenderla y poder mostrarla. Es el laboratorio donde se va a desarrollar la reflexión sobre el momento conflictivo que se vive, sobre la sociedad que lo gestiona y los individuos que buscan sobrevivir a la sinrazón política. El personaje sirve al periodista para lanzar un mensaje de centro, pequeño burgués, que era básico en su pensamiento, en un momento histórico de radicalización de posturas extremistas que acabarían, como así fue, por llevar a la República al desastre. Por ello no pretende reflejar el ambiente taurino si no es para mayor entendimiento del personaje. «Cuando andando el tiempo alguien se pregunte quién escribió este libro —manifestó en un banquete de homenaje—, solo aspiro a que sea tenido como Memorias de Belmonte, que es lo que tiene valor y razón de perdurabilidad». Y la prensa del momento lo publicita como vida del torero contada por él mismo, «transcripción», la llama, de la propia vida.

La calle aparece como ámbito esencial en la formación de un ser humano, al menos en aquellos primeros años del siglo XX. En la calle se aprende y se comprende, se forja un ser y se perfila su personalidad. La calle es la primera cuna de la vida, que enseguida pasa a ser maestra. Quien triunfa en la calle, triunfa en la vida, viene a decir el narrador.

Y ahí, en esa calle, la calle Feria, de Sevilla, aparece un niño que lleva un trozo de pan y una onza de chocolate en su mano. Su infancia, aturdida con este primer encuentro con la realidad, graba voces, lamentos, sentires que lo inquietan sin entender: «Ha muerto el Espartero». Con apenas dos años, sin saber qué es la muerte ni quién era Espartero, y, mucho menos qué es un torero, el niño se enfrenta

a la fría realidad del abandono, cuando todos salen haciendo aspavientos con la noticia y lo dejan solo. Y esa es la primera sensación de soledad y el primer roce con la muerte. Sensaciones que luego se repetirán en su vida cuando, frente al toro, vuelva a plantearse qué y para qué ha llegado hasta esos escenarios. La muerte de un torero de éxito invade el escenario de esa España dolorida y enfrentada.

Cuando ese niño sepa expresarse, el autor del relato, sin transición, lo dejará solo para que cuente su vida. Y Belmonte la cuenta con tal encanto que no podemos dejar de seguirlo, una vez iniciada la lectura. Y con tal precisión que muchos han creído que era él, el torero, el autor del libro. El autor, Chaves Nogales, sabe pasarse a un segundo plano para que sea el torero quien se luzca.

...

Hacia 1935 la ciudad de Sevilla vivía aún la resaca causada por los acontecimientos que se habían desarrollado en torno a la celebración, apenas cinco años antes, de la Exposición Iberoamericana de 1929. La gestación de la misma, que arrastraba desde 1910, había supuesto una convulsión al obligar a la revisión de los presupuestos urbanísticos, especulativos, transformadores de los oficios, obligando a la adaptación a los cambios producidos en el tejido industrial y artesano. La ciudad había comenzado a incorporarse a la industrialización de otros países europeos y los conflictos laborales recorrían la sociedad obligando a cambios de comportamientos, formas de vida y costumbres de una ciudad tan conservadora como lo había sido Sevilla hasta las primeras décadas del nuevo siglo. Como siempre ocurre en

estos casos, la gente corriente tarda más en incorporarse a lo que juzga nuevo, mostrando reticencias ante ello y queriendo seguir en un anclaje en el pasado que pueda llegar a conferir una cierta estabilidad social.

Chaves Nogales había salido de la ciudad hacia 1917, se afianzó en Madrid hacia 1924-1925 y comenzó a ser arrastrado por su propia mirada hacia Europa en torno a 1927, cuando consigue el premio Mariano de Cavia y tiene sus primeros contactos con el mundo de la aviación. Su mente se abre a más amplios horizontes y advierte la cerrazón del gobierno de Primo de Rivera y la pasividad de los españoles ante ella.

Sin duda la evocación del pasado de la ciudad es recurrente en su quehacer. Había nacido en ella, la había analizado en su primer ensayo, *La ciudad*, pero ahora, hacia 1935, comienza a inquietarle qué aire se respira, qué la mantiene, cómo vive los envites de los nuevos tiempos. Esta ciudad, que siempre se arroja con el tipismo y se alimenta del folklore y el emblema acartonado de ciudad-postal, tiene que entrar en la racionalidad. Por ello, ha de reflexionar sobre sí misma, analizarse, proponerse ser cómo es y ser crítica con ese ser.

Aunque Chaves había nacido muy cerca de Belmonte, en el entorno de Feria, sus ambientes familiares fueron muy distintos. El padre de Manuel era redactor de *El Liberal*; su tío José Nogales fue director del mismo periódico; su abuelo, José Chaves Ortiz, un pintor de prestigio. Mientras el periodista se enmarca en el mundo artístico e intelectual, el más tarde torero aparece empozado en el más bajo estrato social. Pero los cinco años que Juan le saca a Manuel no son un abismo insalvable. Y conectan.

Belmonte nació y vivió sus primeros años en la calle de la Feria, de Sevilla. Calle emblemática que condiciona a quienes por ella transitan como solo saben hacerlo otras tres o cuatro calles de otras tantas ciudades importantes. El hijo del quincallero (mujeriego, despreocupado de su extensa prole, interesado por las partidas de cartas y los pequeños y miserables negocios de un pobre puesto de quincalla), estaba predeterminado a seguir la senda de su padre. Pero este panorama desolador no era apetecible ni recomendable, ni humanamente justificable. Se presentaba un horizonte de pobreza del que era preciso salir. «Si Belmonte no viene a Triana se hubiera quedado en quincallero de la calle Feria», dice Ángel Vela, gran conocedor de esa calle. Por ello, cuando la familia se traslada se mueven algunos resortes vitales. Cambian las cosas cuando Calderón, un aficionado a la fiesta, toma sobre sí la tarea de hacer de un desdibujado y desganado Belmonte un torero de fama. Calderón debió ver sus potencialidades, porque creyó en él más que el propio Juan.

...

Periodista y torero se reúnen más tarde, en la madurez de sus oficios, en alguna tertulia del Madrid de entonces a las que ambos eran aficionados: el periodista por ser esas tertulias un mentidero ejemplar; el torero por acoger a intelectuales a los que les gusta escuchar y de quienes gusta aprender. Todo lejos del ámbito de la torería tradicional, porque no era así como se gestaba la biografía de un torero. Pero ni el torero, ni el periodista, ni el ámbito son los normales. Se va a producir el milagro de un encuentro de dos

seres diferentes: un periodista que sabe lo que busca y olfatea hasta que lo encuentra... y un torero que había triunfado sin tener ni una sola de las características imprescindibles para triunfar: ni buena planta, ni físico agraciado, ni buena salud, ni vocación, ni clientela, ni espíritu de gestión taurina. Tal vez esa repugnancia por la torería castiza respondía, en opinión del propio torero, «a una convicción revolucionaria que me llevaba a combatir desde el primer momento los convencionalismos del arte de torear».

Por eso, Manuel se encuentra con Juan y la complicidad se establece entre ellos; de la tertulia, Manuel lo lleva a su casa en lo alto de la editorial Ribadeneyra, en la Cuesta de San Vicente. En las plantas más bajas de este edificio estaba la redacción del diario *Ahora*. Más abajo aún, las salas de máquinas y confección. Era una soberbia edificación de Pford que causaba admiración en el Madrid de entonces. Poco más de un año después, tras el levantamiento de Franco contra la República y el comienzo de la Guerra Civil, la calle acabó convertida en barricada y destrozada por los obuses.

De momento, todavía en el año 1935, un torero de éxito despierta el interés de las masas. Chaves cita a Belmonte en su casa, y, con las espléndidas vistas de los Jardines del Campo del Moro del Palacio Real, se encierra con él en una habitación por debajo de cuya puerta sale el humo de los cigarrillos que están fumando sin parar. Y se escuchan los ecos de las risas de ambos, fruto del entendimiento en los recuerdos de aquella Sevilla de las primeras décadas del siglo. Es el encuentro de dos personas que van a coincidir en su visión, no solo de Sevilla, sino de la vida, la situación dramática que se está viviendo en España, los caminos

para sortearla... Se advierte que es un libro gozoso, porque entre autor y protagonista hay entendimiento y conexión.

Ya en una entrevista que realizó Vicente Sánchez-Ocaña a Belmonte para la revista *Estampa* el 4 de junio de 1932, Chaves se mostró muy interesado en las respuestas del torero, que presentaban interesantes conexiones con las suyas acerca del comunismo, la Reforma Agraria, el sindicalismo, los pistoleros y otros temas de actualidad: «Juan Belmonte en medio de la revolución social» era el título de la entrevista. El torero llegó a ser un personaje público, un tanto peculiar, que saltaba a la prensa y era objeto de admiración y, a veces, de cierta burla amable y casi doméstica. Como la de Jardiel Poncela en 1929, cuando señalaba:

Le encanta hablar de letras con los intelectuales
su nombre ha estado impreso en todos los diarios,
y ha ganado dinero por matar animales
exactamente igual que los veterinarios.
El español castizo lo venera y lo admira
y una corte entusiasta lleva siempre detrás.
Todas las temporadas dice que se retira
y en vez de retirarse se arrima mucho más.

...

La biografía de Belmonte tuvo gran éxito en el momento de su publicación; Belmonte acababa de volver a los ruedos, tras una retirada que había querido definitiva, y el público lo aclamaba. El mundo de la torería atraía a un público enfervorizado y polarizado entre los matadores del momento. Publicado en la revista *Estampa*, perteneciente

al grupo Rivadeneyra, que editaba el diario *Ahora*, apareció en veinticinco entregas semanales del 29 de junio al 14 de diciembre de 1935. Dado su éxito, fue publicado enseguida en libro, conservando las noventa y ocho fotografías del quehacer del torero por él proporcionadas, así como también noventa y ocho ilustraciones del dibujante Andrés Martínez de León y veinte de otro gráfico de la compañía de prensa, Salvador Bartolozzi, que se encargó de continuar la ilustración cuando Martínez de León se marchó a Rusia a comprobar si eran ciertos los episodios que Chaves había narrado en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, tras haber creado un personaje, Oselito, y contado sus aventuras en el libro titulado *Oselito en Rusia*.

Los acontecimientos históricos se precipitaron; tan solo un año después se produjo el levantamiento de Franco contra el gobierno de la República y el país entró en una escalada de violencia que llevó al exilio a gran parte de la intelectualidad, entre otros al periodista, que se refugió en un arrabal de París intentando salir adelante en su profesión. Allí le llegó la proposición de la compra de los derechos del libro por parte de un personaje que empezaba su andadura en el mundo de la comunicación, pero que triunfó plenamente a nivel mundial con el sobrenombre de «El Santo», Leslie Charteris. «Fue algo extraordinario: comimos ostras varios días, mi padre regaló a mi madre un abrigo de piel, yo conseguí una bicicleta...», me contó Pablo, el hijo de Manuel. Charteris aparece como traductor, con letras de mayor tamaño que el nombre del autor, que incluso llega a veces a omitirse. Las ediciones se suceden; Toronto, 1937; Nueva York, Bantam, 1937; Londres, 1937, Santiago de Chile, 1938; México, 1944...

De no ser por Javier Pradera y Gortázar, quizá hoy se seguiría pensando que fue una autobiografía el libro que aquí presentamos. En años difíciles, cuando Chaves Nogales estaba vetado en este país condenado por su adscripción a la Masonería en 1927, de la que nunca hizo gala, pero de la que no se retractó, Ortega Spottorno y Pradera lo sacaron de las tinieblas; precisamente Editorial Alianza, cuya colección El libro de bolsillo fue creación de estos intelectuales, lo publicó, tal vez sospechando que la vida de un torero no sería reprimida por la censura. Y en efecto, tras la lectura del libro, confirme el lector, si así lo considera, que era perfectamente publicable o, mejor aún, necesariamente publicable. Y sí lo corrobora el hecho de que conociera edición tras edición. José Ortega Spottorno encargó un Epílogo a Josefina Carabias. Con este Epílogo la periodista mantuvo la luz de Chaves Nogales en los años oscuros y lo arrastró hasta la orilla del reconocimiento.

Y así la vida de Juan Belmonte llegó hasta 1992, cuando el Ayuntamiento de Coria del Río (Sevilla) hizo una magnífica edición facsimilar del texto de Chaves Nogales con objeto de festejar al ilustrador, Martínez de León. Sugiero al lector que acuda a esa edición facsímil, ilustrada por otras dos víctimas de la represión franquista: Andrés Martínez de León y Salvador Bartolozzi. Estuve en la presentación de esa edición que tuvo lugar poco antes del inicio de la Exposición Universal de Sevilla de 1992 y que tenía como objetivo conmemorar el primer centenario del nacimiento de Juan Belmonte, en Sevilla el 14 de abril de 1892. Falleció el 8 de abril de 1962. Acudieron a esta presentación los hijos del periodista, que acababan de despedir a Ana, su madre y esposa de Manuel, fallecida una semana antes.

Las veinticinco entregas que conforman el reportaje que publicó *Estampa* estuvieron apoyadas por una fuerte promoción y fueron calificadas de folletín-reportaje, biografía novelada, novela de la realidad, novela vivida, confesiones: reportaje biográfico, en definitiva, que presenta elementos entrecruzados de ambas parcelas de la creación escrita: el periodismo y la literatura. Porque si el apoyo en la realidad no puede ser más incontestable, los elementos literarios y embellecedores alcanzan cimas de genialidad.

...

Belmonte fue amigo de intelectuales y escritores. Aunque no tuvo formación, su único contacto con algo parecido al saber fue la relación que estableció en su adolescencia con unos tipógrafos sevillanos y su iniciación en la lectura de novelas de aventuras, que solo sirvieron para calentar su cabeza y llenarla de vacías ensoñaciones. Al llegar a la edad adulta e introducirse en el mundillo madrileño de la tauro-maquia, vio aumentado su interés por la cultura y los escritores e intelectuales, a los que conoció en tertulias como la de Fornos: Romero de Torres, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Sebastián Miranda... Se sintió entonces fuertemente atraído por la vida de los escritores y artistas; los escuchaba en sus charlas y sentía verdadera curiosidad por alcanzar a entender lo que decían. Era realizar una especie de gimnasia mental iluminadora la que lo llevaba a conectar con D'Annunzio: ¡Cómo no sentirse involucrado en la sentencia «el peligro es el eje de la vida sublime» si ese peligro, en el que él navegaba cada día, lo podía transportar a un nivel superior de actividad noble, que justificaría el sacrificio, el

dolor, el miedo! La nota anarquizante de su pensamiento avalaba el romanticismo del grupo, que se sentía elevado y compensado. Los libros iban a constituir la parte esencial de su maleta de viaje: Tomas Mann y *La montaña mágica*, los rusos, Dostoyevski, Gógol, ... *El hombrecillo de los gansos*, de Jakob Wassermann, acaso con ese slogan tan repetido: «No se trata de poder, se trata de ser». El toreo adquiría una categoría superior, de actividad intelectual, no solo física, que lo llevaba a opinar sobre el arte de torear: «Es ante todo un ejercicio de orden espiritual. Si en el toreo lo fundamental fuesen las facultades y no el espíritu, yo no habría triunfado nunca». Porque «se torea y se entusiasma a los públicos del mismo modo que se ama y se enamora, por virtud de una secreta fuente de energía espiritual que, a mi entender, tiene allá, en lo hondo del ser, el mismo origen. Cuando este oculto venero está seco, es inútil esforzarse. La voluntad no puede nada. No se enamora uno a voluntad ni a voluntad se torea».

...

Según el doctor Miguel Ríos Mozo, que lo conoció y lo trató, Belmonte solía ser un hombre silencioso, aunque resultaba encantador cuando le daba por hablar. O por canturrear: «siempre te estoy esperando y nunca vienes a hora cierta». Daba importancia a la superstición: el pelo de la pierna que asoma por la media podía ser presagio de algo... Acostumbraba a mirar fijamente, de forma obsesiva, el cogote de Calderón, antes de echarse a la plaza. Consideraba que había algo de cierto detrás de la parapsicología.